

LAS FIESTAS

por Jesús Fernández Navamuel

Hubo épocas en Llano que todos los domingos había fiesta. Una pandereta, o una flauta y tambor era suficiente para que en un portalón y en alpargatas todos bailaran, todos los chicos y chicas.

Nuestra generación ya no conoció esta alegría sana, esta alegría espontánea de toda la juventud.

Nosotros ya hemos conocido otra época donde sólo había fiestas marcadas.

La primera del año, aunque ya bien avanzado, era Santa Juliana el 28 de junio, y que quedaba un poco empañada por San Pedro de Las Rozas. Pero Santa Juliana era la patrona de Llano y era una íntima fiesta en nuestro pueblo. Se engalanaba la iglesia y, más que la iglesia, las afueras de la iglesia. El árbol milenario, el haya fastuosa que teníamos detrás de la iglesia era la base de tanto adorno. Se cortaba cada año la rama más grande, cada año tenía una rama grande, y después se hacían muchas ramas más pequeñas.

En la entrada por la puerta principal se hacía un agujero y se "plantaba" la rama grande. Entre piedra y piedra de la pared que rodea la iglesia se colocaban las ramas pequeñas.

La iglesia era distinta, todo era distinto y la gente de todo el pueblo iba a misa el día de la patrona. Había fiesta para todos. Una comida un poco especial, muy especial ¡se comía pollo! ¡pero qué pollo!, de los criados en casa; aquello no era pollo, era otra cosa, no se puede decir "pollo" porque se confunde con lo de ahora.

Y por la tarde baile, a las 5 de la tarde, y música y orquesta dirigida por Bernabé, David y el gran Vador. Acordeón, saxo y tambor.

Y los doce cascabeles sonaban durante horas.

Con esta música no se paraba, había vida y hasta tocaban bien, o al menos eso nos parecía.

Para no faltar nada, estaba Colás con la carabina y el tío Teódulo y la Sra. Jesusa con sus chucherías y caramelos. Cachabas de caramelo, pirulís y otros enseres, y nos dejaba a los niños con la boca abierta para toda la tarde.

Y así se pasaba Santa Juliana, pensando que al día siguiente era San Pedro y podíamos ir a Las Rozas. Ibamos andando y más tarde en bici; era el principio del verano, todo era alegría y optimismo. El verano en Llano no era una estación, era otra cosa, era vida, era luz, era color, era casi todo.

Julio ha sido casi siempre el mes más activo, el más duro en Llano. La hierba, la pobre hierba ha dado sudores y cansancio siempre. Pero era la tarea principal que había que hacer para el invierno.

Como era un mes duro el de julio, por todo lo que hemos dicho, no hacemos más referencia a él. Sólo recordar a los segadores de las 4 de la mañana, los almuerzos de las 7, el ir a trabajar a la fábrica, dar vuelta a la hierba los que se quedaban en casa, y a las 5 de la tarde a recoger con el carro, a pisar los niños la hierba en el carro, a descargar y empayar después. Era una rutina, una rutina muy dura. Y se aguantaba y se resistía y todo por casi nada. La madera de los jóvenes de ahora con aquellos tirones, seguro que se rompía ¡Y posiblemente tengan razón!.

Y llegaba el 14 de agosto y aquello era otra cosa. Era la fiesta grande, era la semana grande.

El 13 ya habían bajado los mozos, dos o tres, a Bilbao a buscar la música, los músicos.

En el correo de la 1 (una) venían los mozos con los músicos. La estación no tenía espacio para albergar a tanta gente, tanto bullicio ... Se dejaba todo para ir a recibir a los animadores.

La cantina de Rafael (de cuando la tenía Constantino recuerdo poco, se fue a Avilés sobre el año 54 o antes) se ponía a rebosar: de la estación todos a la cantina. Los músicos algunas veces ya iniciaban allí sus primeros toques.

Mis recuerdos son de ver todo aquello de espectador, sin participar demasiado, observando.

En una hora se dispersaba aquel follón y todos carretera abajo para ir a la botica. Allí era donde se montaba el cuartel general de la fiesta.

Aquel mismo día, y en días anteriores, iban llegando hijos y hermanos de gentes del pueblo que venían a pasar la fiesta y unos días más.

Para el día 14 ya estábamos todos. No había otro medio para venir que el correo. Y dentro del correo el de la una. El de las tres para nosotros era para marchar. De León venía y llevaba la gente a Bilbao. De León no venía casi nadie.

Y por la mañana, y antes de ir al correo, estábamos todos en casa preparando la fiesta.

La fiesta era un alto en el camino.

Y venían los familiares que iban a pasar con nosotros esos dos días. Entonces no había coches y tenían que hacerlo en el correo y en el "Carloto" a la noche.

Esa era la segunda fiesta, la venida del Carloto a las 8 o a las 9 de la noche. El Carloto tardaba 3 horas en venir de Reinosa en un día de jaleo como el 14 de agosto. El recorrido son 30 kms. ¿Y las paradas que había? ¿Y los recados que había que dar? Llevaba 3 horas y no había prisa.

Al atardecer todos los niños y los jóvenes se acercaban a la "botica"; allí era y estaba el centro de la vida del pueblo.

En la cantina no se podía entrar, todo el día estaba llena.

Los mozos estaban revolucionados, haciendo preparativos de las andas de la Virgen del Avellanar, la ermita, la iglesia, el pendón.

Las mozas, con las mejores flores, las mejores ilusiones, las mejores alegrías para al día siguiente ser mayordomas de la Virgen.

La iglesia engalanada para la gran fiesta.

Todo era alegría, limpieza, ganas de fiesta, se vivía intensamente la preparación.

¡Y por fin el día 15! En Llano la fiesta es Nuestra Señora.

Todo había quedado preparado del día anterior. Las campanas habían tocado a rabiarse toda la tarde de "la víspera", y por la mañana los mozos expertos ya habían dado un repique de los que había que quedarse quieto y escuchando. Mi tío Pepe, algunos años nos deleitaba con ellos. Ahora ya no queda quien repique, y alguno que todavía sabe, a veces no está para hacerlo y, sobre todo, no hay ganas de aprender por los siguientes para no perder esa bonita tradición. Me resisto a que se pierda; bien es cierto que yo no sé repicar y quedo descalificado para exigírselo a otros.

Y llegaba la hora de la misa, la misa solemne.

Todos íbamos a Loma a la ermita. Allí nos concentrábamos todos, todos de punta en blanco. Los hombres con su mejor traje, los forasteros todos encorbatados. Las mujeres con su velo, las mozas y mayordomas detrás del cura y de la Virgen.

Y se iniciaba la procesión, arrancando desde la ermita, con las andas de la Virgen del Avellanar. Pesaban como plomo. Yo la llevé una vez y me enteré.

Se hacía el recorrido hasta la iglesia, y daba tiempo a rezar dos misterios en el camino. Se llegaba a la iglesia. El pendón nos había abierto el camino, los cohetes no paraban de saltar en el aire y explotar sonoramente a cada momento.

Las campanas en vuelta sin cesar.

Alguno de aquellos era tan vivo que iba a la procesión y tocaba las campanas. En contra del dicho popular que sólo se puede hacer una de las dos cosas.

Terminaba la procesión y la misa solemne, cantada por todos los mozos y mozas. Allí saltaba la voz de Samuel en el coro y la respuesta de Benilde desde el patio.

Todo se había preparado para ese día y todo tenía que salir bien.

Al final de la misa lo más importante, la Salve. Allí no había protagonistas; bueno sí había uno, uno singular, el tío Máximo. Nadie como él cantaba la Salve. Nadie tenía la fe, el amor, la voz que el ponía desde su rincón del coro cantando la Salve. Para mí, ya lo he dicho en otra parte del relato, ha sido una marca en mi infancia que no se borrará nunca.

Un hecho importante siempre en la misa, en la consagración, era tocar el himno nacional. Imponía respeto la música en la iglesia, pero era algo obligado y que a todos gustaba.

En el año 68 las cosas iban cambiando algo y, a petición del cura de entonces a los músicos, que ya era un poco más liberales, se tocó el himno de San Ignacio.

Traigo aquí estas pequeñas vivencias para que los jóvenes de ahora, que no han vivido el pasado de aquella época, sepan cómo se valoraba el romper con imposiciones, con marcas que se llevaban a sangre y fuego, y que nadie podía iniciar un cambio sin riesgo de quedar marcado.

Terminada la misa, y en el pórtico de la iglesia, y en la calle, se formaba una tertulia. Se saludaba toda la gente, hacía un año que no se habían visto, habían venido para la fiesta de Nuestra Señora.

Los hombres se iban acercando a la cantina, y los músicos tocaban sus instrumentos y se preparaban para andar las casas.

La cantina estaba llena y poco a poco la gente iba dispersándose a sus casas.

Comida en familia y sin demasiada sobremesa.

A las 4 de la tarde tocaban de nuevo las campanas y había que ir al Rosario. Había quedado pendiente una parte y había que terminarla. Pero sobre todo, había que llevar a la Virgen de nuevo a su ermita. Así era el rito, la costumbre de nuestro pueblo. Pasear a la Virgen por sus calles, darle un paseo, para que su mirada de un día sirviera de protección para todo el año.

A las 5 de la tarde se terminaba la ceremonia y todos libres.

Los chavales a la Serna. A esa hora ya estaban los músicos preparando sus artefactos para iniciar la fiesta.

Había 2, 3 y hasta 4 chiringuitos con caramelos, trompetas y globos. Entonces no había tanta sofisticación, las cosas eran más sencillas y auténticas.

Estaba siempre el tío Teódulo y la Sra. Jesusa y Colás con la carabina.

Además había los que venían de fuera, que daban más realce a la fiesta.

A las 5,30 ya se iniciaba el baile. No se paraba hasta las 11. Se interrumpía para cenar. Y luego verbena.

Todo hecho con alegría sana y buen humor.

La verbena duraba hasta altas horas de la madrugada.

La cantina no había parado de atender a la mucha gente que de otros pueblos venía por la tarde.

Había personas que todos los años venían puntualmente a la fiesta. Uno de ellos era el hermano de la Sra. Irene, Gregorio, que vivía y/o vive en Orzales. Yo le recuerdo todo trajeado, venía en su Guzzi y pasaba todo el día. Lo recuerdo en la casa de abajo y en la casa de arriba.

Era un punto de referencia su presencia.

Al día siguiente era San Roque y también había fiesta.

Antes de la misa se iba por las casas, donde había mozas, y se tocaba la música, y ponían ramos en las ventanas de las mozas.

Era una tradición que se fue perdiendo y que yo he oído contar y muy poco recordar.

Después se andaban las casas y se hacía baile delante de un grupo de ellas. Se bailaba por grupos de casas.

Por la tarde nuevamente baile y fin de fiesta en la verbena.

No profundizo más en estas costumbres y formas de hacer las cosas, porque no había nada fuera de normal y porque en los 30 últimos años ha ido decreciendo el interés, la participación y las ganas de reverdecer los ritos y hábitos anteriores.

Además no domino los detalles y lo dejo abierto para que otros que lo recuerdan mejor participen y seamos capaces este año, o el siguiente, de hacer una fiesta a lo de antes, buena, recordando lo que fue en una época no lejana nuestro pueblo.

Se acababa la fiesta de Nuestra Señora y se volvía a la vida normal. A seguir con el trigo, a segar, a trillar, a guardar el trigo y la paja.

Ya no tenemos trigo, ya no tenemos casi nada que nos motive volver. Tenemos que ser capaces de buscar razones para que esto no suceda y ¡volver!, volver a nuestros orígenes, a lo que fue nuestro costumbrismo, a los usos de nuestros mayores.

Y aunque parezca humor negro, una fiesta que tenía un profundo arraigo era la de los **difuntos**. En la iglesia existían aquellos simulacros de tumbas con sus hachones (velas) recordando al ser querido fallecido.

En el día de los difuntos, 2 de noviembre, había un rito especial, un acto religioso y además cada dueño de las tumbas llevaba a la iglesia una o varias barras de pan, o tortas.

Al final del acto, el presidente lo recogía en unos cestos y lo llevaba a casa concejo, que estaba en la parte baja del pueblo, por tanto ya no existe.

Allí con el pan y vino dulce que llevaban los **hombres buenos** invitaban a los niños-chavales a tomar el pan de torta y la mistela. Era un acto entrañable y que unía a todos a comer el pan de todos.

No sé el porqué de esta costumbre, pero seguro que tenía alguna connotación y/o significado que se llevaron con ellos nuestros antepasados.

Yo tengo un recuerdo de ver a Kiko Argüeso y a Manuel "El Mellizo" (así se le conoce cariñosamente), en la función de repartir.

Y el año avanzaba y se iba a marchas forzadas y quedaba una fiesta.

Otra fiesta de Llano era Santa Bárbara, la fiesta de los mineros. Había fiesta en la mina y en todo o casi todo el pueblo. Casi todos trabajaban en la mina.

Esta fiesta no era para todos. Escuela sí que había. Por tanto, para los chavales era un día normal.

Por la tarde, después de los festejos de los mayores en su centro de trabajo, la empresa de la mina hacía un pequeño baile.

Se hacía en función del tiempo en la calle o en algún portal cerrado.

Y había nuevamente caramelos y, sobre todo, este día tenían "castañas". El tío Teódulo y la Sra. Jesusa asaban castañas y para todos nosotros era una novedad.

Como el día de Santa Juliana, animaban el baile Bernabé, David y Vador. Y venían mozos y mozas de otros pueblos.

A partir de los años 60 todo esto ha ido decayendo, hasta desaparecer.

Hoy en Llano no hay fiestas, se ha perdido el pulso de la convivencia, de hacer cosas en común, de participar.

Nunca es tarde para volver y a hacer más humano y agradable el vivir de cada día.

Así era nuestro pueblo ...

Pido perdón por las imprecisiones y por dejarme cosas importantes. Espero recibir ayudas para hacerlo mejor, más real. Me comprometo a hacerlo si tengo información.